

San José, Costa Rica

15 Abril de 1911

RENOVACIÓN

Año 1

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA
PEDAGOGÍA RACIONALISTA

Núm. 7

SOCIOLOGÍA

JUSTICIA Y ECONOMÍA

Puede decirse que hasta que el Proletariado emancipador expuso su concepto de *justicia* y de *economía*, no se tuvo clara noción de estas ideas.

Por *justicia* se consideraban los preceptos morales consignados en los libros sagrados ó las prescripciones legales.

Por *economía* entendíase el conjunto de prácticas rutinarias transmitidas tradicionalmente en los distintos ramos de la actividad humana.

Era la *justicia* la Biblia y el Código; era la *economía* la rutina envejecida y aceptada sin examen.

La idea de *justicia*, que ha de ser la última expresión del trabajo del pensamiento en lo moral, y la de *economía*, que representará el dominio científico de la materia, tomadas de lo pasado y respetadas como cosa histórica y tradicional, constituyen un error gravísimo, cuya consecuencia inmediata es dificultar el progreso, convirtiendo en retrógrados los poderes, las instituciones y las costumbres.

La razón es clara: considérese el cristianismo allá en su origen como un progreso inspirado por la idea de *justicia* que protesta contra los errores y la corrupción del paganismo; considérese igualmente el derecho romano como un progreso social y político respecto de la imperfecta organización de las anteriores sociedades. ¿Puede aceptarse que el cristianismo y el derecho

romano sean la fórmula absoluta de la *justicia*? Veinte siglos de dominación durante los cuales la historia consigna un cúmulo espantoso de guerras, revoluciones, pleitos y todo género de crueles desavenencias, responden negativamente.

¿Cómo puede ser justa una religión calificada de amor y caridad, cuyo fundador, hombre endiosado ó dios humanizado, profetiza que siempre habrá pobres en el mundo, y en cuyo seno hay creyentes millonarios que con una absolución de última hora gozan de una gloria eterna, y creyentes pobres que mueren de hambre y desesperación condenados á un infierno sin fin!

¿Qué *justicia* hay en un Código Civil que da la posesión de la tierra, con el aprovechamiento de las fuerzas naturales y sociales que obran sobre ella beneficiándola y haciéndola más y más productiva, á los propietarios, mientras que por el derecho de accesión y en beneficio de los propietarios, despoja á los no propietarios del fruto de su trabajo!

Las necesidades materiales de la vida son apremiantes é imprescindibles; para llenarlas cumplidamente se habría de tener una noción justa del derecho para que todo consumidor cumpliera sus deberes sociales sin faltar á la *justicia*, y después necesitaríase un conocimiento suficiente, ya que en absoluto no es posible, de la materia uti-

lizable y adaptable á las necesidades humanas, juntamente con una organización equitativa del trabajo, del cambio y de la distribución de los productos. ¿Puede creerse que con la carencia de circunstancias tan esenciales existiera la *economía*? Las crisis industriales, la aglomeración de habitantes en los grandes centros de población, la miseria de las poblaciones rurales, las emigraciones en masa y las guerras para la conquista de nuevos mercados dan también respuesta negativa.

En el orden moral es socialmente justo lo que por el concurso de todos á todos beneficia por igual.

En el orden material es socialmente económico lo que por todos y para todos produce más y mejor resultado con menor esfuerzo.

Si con el criterio que de estos principios sociales se desprende, juzgamos la actual sociedad, llegaremos á un severísimo juicio.

Encontramos que el producto se obtiene por el concurso de capitalistas y obreros: los primeros en posesión de la tierra, del capital, del crédito, de las primeras materias y de los grandes instrumentos del trabajo; los segundos poseyendo únicamente sus brazos y un empirismo práctico.

Para el capitalista, la propiedad del producto, más los beneficios de su venta.

Para el obrero, que ha vendido su trabajo por el jornal, cuando como consumidor necesita el mismo producto que ha creado, ha de pagar la usura al capitalista; sin contar el peligro de que por la adopción de una máquina quede despojado de su oficio, que es su único medio de subsistencia.

Semejante fundamento social, considerado con el criterio de estricta *justicia*, es inmoral é injusto, aunque sea cristiano (véanse la parábola de los talentos, Mateo, xxv, 14 á 27, y la encíclica *Resum Novarum*), y legal (véanse los arts. 350 y siguientes del

Código Civil español, sobre la propiedad, en concordancia con los Códigos de todas las naciones). Por él, el llamado pacto social es un contrato leonino en el que quien contribuye con más es quien reporta menos en odiosa desproporción. Considerado con el criterio de la *economía*, es desordenado é irregular, toda vez que con ese sistema de producción se pierden fuerzas, inteligencias, actividades é iniciativas.

Tan infucio como torpe procedimiento es causa de un dualismo social que divide los hombres en explotados y explotadores, y se opone á la fraternidad y solidaridad que debe existir entre todos los miembros de la gran familia humana.

Vemos, pues, que lo que en el mundo de la tradición se entiende por *justicia* y por *economía* en el mundo de la razón y de la ciencia es *injusticia* y *despilfarro*.

Para que la *justicia* y la *economía* sean una verdad en los hechos y en la apreciación general de todas las inteligencias, necesitase una transformación social que destruya todos los privilegios y una difusión de la ciencia que desvanezca los errores tradicionales y los espejismos con que los falsos sistemas alucinan á los sectarios.

Hoy que los trabajadores, constituidos en potencia social, proclaman que su emancipación ha de ser su propia obra, deben penetrarse bien de la noción exacta de *justicia*, despojada de todo carácter místico, y de la de *economía*, como expresión íntima de la fusión del egoísmo y del altruismo; estudiarlas en el seno de sus organizaciones; prepararse á llevar á la práctica sus conclusiones, y acelerar la obra revolucionaria, porque sólo de este modo pueden, en medio de la *injusticia* y del desorden de la presente sociedad, anticiparse á servir la causa de la *justicia* y de la *economía*.

ANSELMO LORENZO

NOTAS: El próximo número publicaremos la correspondencia administrativa y los nombres de los morosos.—Recomendamos á nuestros lectores la lectura de *Ariel*. Contiene admirables selecciones de *El Hombre y la Tierra* de Reclus. Precio 25 cts.

La plegaria inútil

Yo no sé, Señor, ya que así se os llama, si sois mi amo, ni si existís siquiera; porque mi aliento es un estertor, y, en resumen, no soy más que un poco de ceniza puesta al borde de los tiempos sin fin.

Cumplo como puedo mi deber y mi tarea, sin levantar mucho la vista hacia las lejanas cimas; pero si existís y queréis que yo lo sepa, ¿por qué no os presentáis jamás?

Mirando de cerca las cosas que hacéis, si fuera verdad que las hacéis así, no puedo consideraros como indulgente para mis penas y solícito para mis inquietudes.

Si desde lo alto veláis sobre el globo en que nos hallamos, si vuestros ojos se dirigen á todas partes y todo lo ven, sabréis que viendo llorar otros hombres lloro también y sufro mucho.

Pero vos nada hacéis para enjugar sus lágrimas, y, debiendo ser mejor que yo, los abandonáis, ignorantes y sin armas, lejos de vuestra justicia y sin explicarles la causa.

Al fin de sujetarnos al error de los antepasados, y para que los malos queden siempre vencedores, permitís que los tunantes que se llaman vuestros sacerdotes deformen los cerebros y desfloren los corazones.

Les permitís explotar el misterio, grabar la mentira en la piedra del altar y hacer que corra más sangre sobre la tierra que estrellas habéis sembrado en el cielo.

Vuestra complicidad me turba y me espanta; vos, que debéis vigilar siempre, sois como un amo que duerme en brazos de su servidora mientras los ladrones saquean su bodega.

Vuestras manos de justiciero permanecen inactivas; no tenéis piedad, ni pena, ni remordimiento cuando amos repugnantes vendimian con sus espadas para las tinas de la muerte.

En los amargos golfos, bajo el agua inconmensurable, entre el alga y la roca levantada como un pavés, rodeáis de cuidados la concha purpúrea

con que el esclavo ha de teñir el manto de sus reyes.

Dedicáis, como poeta terrible y soberbio, el mar á la tempestad y el ser al dolor, y olvidáis que sois el Verbo cuando un tirano siega la idea en flor.

Servís la arena al corcel del bárbaro; os manifestáis complaciente ante los códigos malhechores, cuando un juez insensato reviste con su toga los cadalsos cortados en los bosques.

Lleváis una parte de vergüenza en nuestros escándalos, ya que aprobáis, aceptándole, el rumor de las ropas virginales que se deslizan descubriendo desnudeces vendidas á nuestras lubricidades.

Si creyese en vos sin alentar una duda, os diría: «¡Señor, tened piedad de nosotros! Descubridnos la emboscada, enseñadnos el camino, defended vuestras ovejas contra el diente de los lobos.

»Haced que la labor del hombre y la de la abeja no doree más la colmena ociosa de los abejorros; aconsejad al pensador en sus vigias, impedid que la serpiente nos muerda el calcañar.

»Salvad el buen nombre de los que se van; proteged el oro de los trigos que colman nuestros celemines; dejadnos tiempo para que nuestros días se regocijen con el murmullo de los nidos y de las cunas.

»Arrojad el prejuicio, el miedo, el estudio falso, á la manera que uno de vuestros rayos disipa las nieblas; haced que los hijos, ricos de gratitud, sean al borde del sepulcro el báculo de los ancianos.

»Haced que florezca de bondad la cruel alma humana; quitad la biblia al cura y el hacha al verdugo; no reguéis el monte, la colina y la llanura con las lágrimas del pueblo y la sangre de los héroes.

»Preservad del fuego la granja y mantened la muela en vilo; libradnos del granizo á la dulce vuelta de abril, y seáis vos y no yo pobre infeliz quien, después de haber escuchado, digáis: «¡Amén!»

O bien, si creyese en vos, dios de luz; seríais bueno como vuestro sol, y ni mi balbuceo ni mi plegaria os pedirían consejo y asistencia.

No tendríamos más que bendecir vuestra suprema dulzura, sin buscaros en parte alguna sino en vuestro cielo azul. Ni aun conoceríamos la blasfemia, porque el blasfemo reza confesando un Dios.

No necesitaríamos clamaros nuestras penas, ni soñar días más serenos y mejores, puesto que viviendo aquí abajo, sin dolor y sin cadenas, ignoraríamos la amargura de las lágrimas.

Pero ¿á qué bendeciros, majestuoso fantasma, si odiáis todo lo que nos es querido, y en todas partes, desde los techos de mármol á los techos de cabaña, suspira en la carne el eterno dolor?

¿Á qué buscaros con ávidas miradas si sois sordo á los sollozos de los humanos, y nada desciende de vuestros vacíos cielos cuando hacia vos tendemos nuestros labios y nuestras manos?

¿De qué nos servirá levantar los velos que flotan sobre el trono en que os sentáis, y si en el radiante horror de vues-

tras estrellas otros pálidos mortales sollozan á vuestros pies?

Realidad estúpida ó quimera creada por el hombre impaciente de doblar sus rodillas; no merecéis que la estrofa sagrada os lleve volando su canto místico y suave.

Vuestros viles servidores han saqueado nuestra viña; el fango ha corrompido vuestra fuente bautismal sin que hayáis hecho el menor signo para dominar el mal y aliviar la pena.

He visto doblegarse el bien y triunfar el vicio, asociar el crimen al sacerdote y el guerrero; el poeta morir en un jergón de hospital, y el bardo sin genio comprar sus laureles.

He visto al tirano comprar los tribunos populares, al esclavo venerar su cadena y su mordaza, al millón robado sobre los mezquinos salarios, brillar al sol como bella mariposa.

¡Y cuando el malvado despoja al hombre justo, mientras que la virtud corre á prostituirse, tan poco uso hacéis de vuestro augusto rayo, que si existierais sería preciso mataros!

CLOVIS HUGUES

El Cristo

Hay que adorar al Cristo sin vacilación, es decir, adorar el carácter resultante del Evangelio; porque todo lo que es sublime participa de lo divino, y el Cristo evangélico es la más bella encarnación de Dios en la más hermosa de las formas, que es el hombre moral; esto es realmente el hijo de Dios y el hijo del hombre, Dios en el hombre. No se engañaban estos grandes intérpretes del cristianismo que le hicieron nacer sin padre aquí abajo y atribuyeron su generación no á un comercio natural, sino á un seno virginal y á una operación celeste. Símbolo admirable que bajo sus velos oculta la verdadera explicación del Cristo ideal. En cuanto al hombre de Galilea que los reflejos de la divinidad sustraen casi á nuestras miradas, ¿qué importa

que se nos escape? Seguramente el historiador debe desear aclarar semejante problema; pero en el fondo las necesidades del hombre religioso y moral están en ello poco interesadas. Y bien, ¿qué nos importa lo que ocurrió en Palestina hace mil ochocientos años? ¿Qué nos importa que Jesús haya nacido en tal ó cual villa, que haya tenido tales ó cuales antepasados, que haya sufrido tal ó cual día de la semana sagrada? Dejemos estas cuestiones á las investigaciones de los curiosos. ¿Serían más bellos los poemas homéricos si estuviera probado que los hechos que en ellos se cantan son todos verdaderos? ¿Sería más hermoso el Evangelio si fuera cierto que en determinado punto del espacio y de la duración de un hombre, ha realizado al pie de la

letra los rasgos que nos presenta? Nada gana la pintura de un carácter sublime con su conformidad con un héroe real. El Jesús verdaderamente admirable está al abrigo de la crítica histórica; tiene su trono en la conciencia y no será reemplazado más que por un ideal superior; es rey todavía por largo tiempo. ¿Qué digo? Su belleza es eterna; su reinado no tendrá fin. La iglesia ha sido aventajada y se ha sobrepuesto ella misma; Cristo no ha sido aventajado. Mientras un noble corazón aspire á la belleza moral, mientras tanto un alma elevada se estremezca de gozo ante la realización de lo divino, el Cristo tendrá adoradores por la parte verdaderamente inmortal de su ser. Pues no nos enga-

ñemos y no extendamos demasiado los límites de lo imperecedero. En el mismo Cristo evangélico morirá una parte: la forma local y nacional, esto es, el judío, esto es, el galileo; pero quedará otra parte: el gran maestro de la moral, el justo perseguido, aquel que dijo á los hombres: «Vosotros sois hijos de un padre celestial». El taumaturgo y el profeta morirán, quedará el hombre y el sabio, ó mejor dicho, la eterna belleza vivirá para siempre en este nombre sublime, como en todos los que la humanidad ha escogido para acordarse de lo que es y embriagarse en su propia imagen. He aquí el Dios vivo; he aquí al que es preciso adorar.

ERNESTO RENÁN

PEDAGOGÍA

Los exámenes

El profesor debe inspirar en el discípulo, y á esto se reduce gran parte de su misión, el sentimiento del estudio por el estudio mismo. Debe despertar la conciencia del estudio y formarle una convicción profunda de su valor. El alumno debe estudiar no por la perspectiva de un examen, sino porque conozca el verdadero valor del estudio. En el caso contrario, el profesor habrá inculcado en el espíritu del discípulo una moral pedagógica falsa, á manera de la moral política contraída en las páginas de un código penal y de la moral religiosa fundada en la sanción y en la codicia.

El ilustre pedagogo francés, M. Guyau, en su obra *Educación y herencia*, dice lo siguiente: «Conocidos son los inconvenientes de los concursos y sobre todo de los exámenes, con programas extensos que implican gastos de preparación difícil y que además sólo ponen en actividad en el cerebro un órgano especial: la memoria; los

exámenes ni siquiera fortifican este órgano, lo usan». Más adelante dice Guyau: «El bachillerato no debía ser según una feliz definición más que el último examen de paso del colegio á la facultad. El uso ha hecho de él otra cosa; con frecuencia se consigue prepararlo por medios artificiosos y débiles. De donde resultan numerosas perturbaciones en las clases; muchos discípulos se imaginan que es posible reparar en retórica y filosofía el tiempo perdido ó mal empleado desde el sexto; muchos maestros siéntense inclinados á tomar las necesidades del examen por reguladores de su enseñanza, disminuyendo así su libertad, su elevación y su alcance general y generoso».

De un periódico portugués, *El Eco*, tomo los siguientes párrafos: «Si alguno (refiriéndose á los escolares) que no necesitó de empeños y que merced á una poderosa fuerza de voluntad, consiguió quedar aprobado, á costa

de sus esfuerzos y del perjuicio causado á sus sentidos, pregúntanle adrede, en los exámenes una cosa de útil enseñanza, pero de las más triviales y aguardan la respuesta. Él vacila, tarda en responder, y por fin, ó se declara vencido ó da como respuesta una tremenda confusión, cosas de otra lección. Lo que él aprendió, pasado algún tiempo, se le fué, porque no hizo racionios, deducciones que le condujesen á concordar con las teorías expuestas en los compendios.

Considerando á los niños como representantes de una humanidad nueva, no queremos que se consientan las iniquidades que se practican en la vieja escuela. Enseñémosles á pensar, para que el futuro hombre no sea un ser estúpido, impotente en la áspera y pedregosa senda de la vida.

Rásguense los rancios pergaminos que conservan vigentes esos prejuicios que avasallan el cerebro de los niños, y deseles una enseñanza sólida y racional para que en la Tierra se respire en breve una atmósfera de paz y de amor». Hasta aquí lo que dice el periódico portugués.

El examen como medio coercitivo obliga á estudiar, pero á estudiar mal porque esas intuiciones que entran en tropel en la mente no pueden convertirse en conceptos claros, científicos y educativos que puedan servir al alumno para dirigirse en la vida y para ampliar sus ideas científicas. En las escuelas antiguas se decía: *Non valet studere, sed studisse. No vale estudiar sino haber estudiado.* Hasta los viejos comprendían la inutilidad científica y educativa del estudio precipitado para el examen. Esos conocimientos preparados adrede para el examen, á la carrera, sin ningún orden, no pueden servir para otra cosa más que para ocasionar en los estudiantes, permítaseme la vulgaridad de la expresión, un verdadero *empacho intelectual*.

La existencia del examen presupone la falta de confianza en el profesor para enseñar y la ausencia de aplicación en el alumno para el estudio. Un profesor que tenga conciencia de su

deber y cariño por su cátedra debe rechazar el examen. Un alumno que practique el estudio por el estudio mismo debe también repudiar ese acto de compulsión. De ahí resulta que el examen constituye ya en la escuela el primer escalón ó la primera grada de la inmoralidad. Desde los bancos de la escuela se empieza ya á predicarles principios morales á los alumnos con una sanción correspondiente, con su fuerza coercitiva por detrás.

Anteriormente, con la cita de autoridades connotadas, dejamos demostrado que el examen como medio coercitivo es inmoral, y que constituye en sí un castigo. Ahora bien. La autoridad del profesor, según Guyau, se compone de tres elementos: 1º la afección y el respeto moral; 2º el hábito de sumisión, hábito nacido en el ejercicio mismo, y 3º el temor. Todos estos elementos constituyen la autoridad, pero entre ellos debe predominar el de la afección. Esto obedece á una ley natural. El castigo es una violencia y el empleo de la violencia está fundado sobre una irreflexiva é irrespetuosa interpretación de la naturaleza humana. El profesor que necesita exámenes como medio coercitivo, es porque no ha podido infundir afectos, porque no ha logrado despertar en sus alumnos el amor al estudio por el estudio mismo. El afecto hace inútil la autoridad dura, el castigo. El niño amante obedece por no disgustar á sus padres. El que tiene necesidad de castigos es un niño falto de afecto y de cariño. El discípulo amante estudia por no disgustar á su maestro. Es la gran verdad y el mejor postulado pedagógico. Scheilemacher sentó ya este principio: «La única educación que vale es la que se funda en el amor».

Las ideas capitales de Erasmo, filósofo holandés, se refundían en las siguientes: enseñar á los niños divirtiéndoles; prescindiendo de las disciplinas y los sangrientos azotes; abolir, pues, el axioma de que la letra con sangre entra; sustituir la violencia por la persuasión y la distracción; excluir

el formalismo vacío que observa la realidad, es decir, el mundo exterior y finalmente reclama instrucción para la mujer, para la madre á cuyo cargo debe correr la primera educación de los niños. Uno de los postulados de Pestalozzi, el décimo primero, dice: «Las relaciones entre el maestro y el discípulo deben cimentarse en el amor. El noble y grande Scheilemacher cree

que el fin de un establecimiento educativo no es hacer aprender, para eso basta el libro y en ciertos respectos con ventajas, sino excitar en el joven una vida enteramente nueva y superior, un verdadero espíritu científico, cosa que jamás puede lograr la coacción... ni las prácticas exteriores por medios mecánicos.

LUIS FELIPE GONZÁLEZ

CRÓNICAS DE ARTE

“FINI TERRE”

Tengo á mi frente un cuadro de Sagristá—el rebelde artista catalán.

He puesto la mirada en él largo rato, sin lograr comprender el enigma de su simbolismo.

Ese cuadro me ha parecido ser un geroglífico escrito con tintas de sombra y reflejos de incendio, por los dedos aviesos de la muerte, sobre el blasonado portalón del castillo fantástico en que aloja sus huestes el Placer...

Hay en él lúgubres coloraciones, matices de neurosis, tonalidades difusas de insomnio, trazos desvaídos de agonía... y por múltiples resquicios esparcidos aquí y allá como para dar escape á hondos lamentos, brota verdosamente pálido el macabro rafaguear de la lascivia.

¡Extraño cuadro! Surgen entre un remolino gigantesco de llamaradas, negros hacinamientos de despojos salpicados de ceniza,—despojos que parece hubiera dejado allí, como símbolo de su memoria, la caravana del vivir.

Todo en ese cuadro es hórrido de modo deslumbrante. Hórrido lo blanco; *hórrido lo negro; la sombra, la luz...*

Destaca en el centro, augusta, egregia, imponente, soberana, una ondulante y alta figura de mujer, robada sin duda á la gallarda concepción del genio griego, que cubre su trágico ademán de vencedora con fulgente

brial sedño en que se agitan delirantes, extraños luminares de pedrería. Creeríase que la han trajeado los astros...! ¡Sus ojos! Sus enormes ojos fijos, diríase que son los ojos del mal, los ojos del odio, los de la traición, los punzantes ojos de la perfidia. Semejan criptas de oro que irradiaran luz violada. Semejan misteriosos surtidores de veneno; leyendosos filtros de augur. Brillan con terrífica intensidad en que se reteruce el fulgor siniestro de los puñales. Son enormes ojos lésbicos, ojos de fiebre, ojos mortales.

Al pie de esa mujer,—de ese monstruo, acaso,—revuélvese con dolorosa y gemidora lentitud un puñado de hombres desnudos, pálidos, flácidos, mordidos por la estenuación, llenos de manchuelas de bilis, cuyo aspecto evoca un festín de gusanos hartos de purulencia. Uno de ellos, poseído de eléctrica fruición, de espantoso delirar, hipnotizado, se abraza á los pies de la mujer. Es la ansiedad misma entregándole su amor al mal. Es la voluptuosidad besándose con la muerte. Es la desesperación clavándose una daga.

Acodado sobre el hombro de mármol de la mujer, un esqueleto de amatista encaperuzado de sombras, yergue su silueta de terror.

Y en el fondo, hacia lo alto, sobre un cielo de opaco zafiro con ligeras

refulgencias cárdenas, triunfa la majestad de un inmenso sol rojo, de un inmenso sol de fuego en cuyo torno cinitila languideciente un halo rubio con un trigal.

¿Qué dirá ese cuadro? ¿Le habla á los hombres que fueron, á los que son, ó á los que han de ser? Es una visión de la vida ó de la muerte? ¿Es un ocaseo ó una aurora? ¿Lo pintó Mefistófeles ó el Arcángel San Rafael? ¿Es una remembranza ó una profecía?

Lo he contemplado y en su presencia ha llegado al cenit la estrella de mi esperanza; he sentido engrandecerse mi corazón cual si lo invadieran torrentes de poderosa savia nueva; y á mis oídos ha llegado rumoreando cadenciosamente un sedante salmo de vida. He mirado entonces hacia atrás y he adivinado á un caballero aristócrata amagándose bajo una enramada en trance de acometer el candor hermoso de una niña pobreta que ante el

flamear de las estrellas marcha con pasitos de tórtola hacia el borroso más allá de la vida,—en todo igual la pobrecita á las flores silvestres que se desmayan en los jarrones de las casas ricas. Me he quedado pensando en su suerte, en su futuro promisor de miserias. No será esta noche,—me he dicho; será tal vez mañana entre la grosera misticidad de un confesonario, ó quizá más tarde en brazos de un ogro militarote; pero al fin será. ¡Ha de ser! Para apaciguar las torturas que derramara sobre el ánimo ese pensamiento, hube de mirar de nuevo el rojo, el enorme, el inmenso sol de mi cuadro, más radioso cada vez, destellante á modo de una tempestad que se cerniera sobre la libidinosa convulsión del mundo, ya olvidado de las palabras que á la sombra de un sicomoro desgranara el dulce Jesús al oído de la dulce Magdalena...

OMAR DENGO

PÁGINAS LITERARIAS

Paternidad

Despacho elegante. Personajes: RICARDO, *cuarenta y dos años*; AMALIA, *treinta y ocho*; ADOLFO, *doce*.

Ricardo, sentado, leyendo un periódico; Amalia y Adolfo entran. Amalia viste traje de mañana, muy sencillo; trae la mantilla puesta y tres ó cuatro libros de oraciones en la mano. Adolfo viste un traje nuevo, azul oscuro. Aspecto de colegial bien reglamentado; bien peinado, trae también un libro de misa. Al entrar se arrodilla delante de su padre y le besa la mano. Amalia le contempla con satisfacción.

ADOLFO

¿Me perdonas, papá?

RICARDO (*tristemente afable*)

¡Hijo!... levanta... Dame un beso... Temprano habéis salido, con lo fría que está la mañana...

AMALIA (*á Adolfo*)

Ve á tomar el desayuno... Yo voy en seguida...

RICARDO

¿No habéis tomado nada?

AMALIA (*severa*)

¡Qué cosas tienes!

ADOLFO

¡Papá! ¿Antes de comulgar?

RICARDO (*enmendándose*)

Sí, ya sé... Quise decir antes de volver á casa, en cualquier chocolatería...

AMALIA

Por media hora más ó menos... Anda hijo mío. (*Adolfo sale*).

RICARDO

Van dos veces en quince días... ¿Es eso lo que convinimos?

AMALIA

Ya estás enfadado. Tendremos paciencia. ¿Sabes el día que es hoy? ¿Sabes por quién hemos aplicado la comunión?

RICARDO

Sí, lo sé todo. No me exasperes.

AMALIA

¡Jesús! ¡Dios me libre!... ¿Quieres que tu hijo sea como tú?

RICARDO

¿Mi hijo? Dí tuyo.

AMALIA

¡Qué cosas dices!

RICARDO

Tuyo, sí. No tienes tú la culpa. Te dejé que le educaras á tu gusto; nunca intervine con mi autoridad para impedirlo.

AMALIA

¿Para impedir qué? ¿Que tu hijo tenga creencias, que sea cristiano?...

RICARDO

Para impedir que llegara el caso de que mi hijo me considere con desdenosa compasión, de que me crea un réprobo por quien hay que pedir y rezar á Dios; para impedir que hoy, al oírle, al mirarle, no me conozca en él, porque no hay en él nada de mi vida, de mi pensamiento, de mi alma...

AMALIA

¡Pero Ricardo, Ricardo!... ¿Te has vuelto loco? ¡Tú quieres matarme! (*Rompiendo á llorar*).

RICARDO

¡Sí, llora, llora!... Con vuestras lágrimas y vuestros rezos gobernáis el mundo... ¡Así anda ello!

JACINTO BENAVENTE

La Oración del Huerto

...I saliendo se fué según su costumbre, al monte de las Olivas...

I puesto de rodillas oró... Diciendo: Padre, si quieres, pasa esta copa de mi. empero no se haga mi voluntad, mas la tuya.

I estando en agonía, oraba más intensamente, i fué su sudor como gotas grandes de sangre, que descendían hasta la tierra. *(San Lucas, Cap. XXII, vers. 39, 41, 42, 44.)*

El Hombre del Dolor marcha en la sombra como si fuera a perpetrar un crimen i el viento negro que tras él se escombra vé que sus labios de pesar se oprimen, que hai en ellos un rictus que le asombra el rictus de los labios que no jimen; que hai congajas que matan en su abismo tan homicidas como el hierro mismo.

La Noche como un gigantesco paño negro i triste en las pompas sepulcrales de un mundo, tiembla de un horror extraño. Como blandones de estos funerales las estrellas se bañan en un baño de infinita tristeza en sus sítiales i sus destellos pálidos o vivos lloran sobre la faz de los Olivos.

I ese que va con paso cauteloso, como un fantasma que la sombra evoca, sin una queja, sin ningún sollozo, como una muda, impenetrable roca que tuviera la talla de un coloso, sin un acento que vibrar su boca,

es el más grande que el planeta ha visto, el único entre todos, ese es Cristo.

Tenebrosa es la noche de la tierra, pero, lo es más la noche del Mesías, la tiniebla que en su alma mas se cierra poblada de millares de agonías. La soledad mas grande nunca aterra como esas de las almas, las impías desolaciones de las almas cumbres que no han sabido amar las muchedumbres.

Mirad que en tierra de rodillas ora, i ante ese semidios que se prosterna la inmensa Creación, en esa hora solemne y única en la vida eterna, muda la inmensa Creación, implora. En su balanza pesa Dios la interna, la enorme angustia de uno i otro abismo, i mira que las dos pesan lo mismo.

Es vuestro Redentor, mirad, esclavos, el que en las sombras de aquel Huerto siente la tempestad de sus dolores bravos; los oprimidos que lleváis la frente uncida al yugo, por los cuatro cabos del orbe, como el tardo buel paciente que en la cruel magnitud de su faena olvida hasta el rigor de su cadena.

Oh! vosotros que vais por los caminos de la cruz, los oprobios i las zarzas, carne que hienden los colmillos finos de los lobos sin hambre, las comparsas

—Si observáis con fijeza las generaciones que nos rodean comprenderéis mi palabra. La savia nueva es la vida y, ésta, juventud, verdor. Cuando la savia falta la juventud se ausenta, viene la agonía y la puerta por donde la muerte llega queda amplia. ¿Véis aquel grupo de árboles que sólo son armazón sin frondas? Reparad, varias generaciones forman el grupo, de los árboles algunos son bien altos; mas ¿de qué les valió si olvidaron henchir sus vasos en las generosas fuentes de savia joven? Han muerto, caerán. Reparad mejor. ¿Qué véis?

—Vemos que los pájaros van regando sus cantos y matices entre los grupos de árboles que llevan verdor en el

semblante, mas, cuando son llegados á la generación de árboles sin frondas huyen al momento para ir nuevamente á hundir sus trinos y colores en los follajes...

—Si tal véis, sembradores, ¿á qué vuestra cuestión? Porque, con verdad os hablo, esos pájaros son las simientes que váis plantando. En las conciencias rebosantes de savia joven construirán sus nidos, allí modularán sus trinos; de las armazones sin frondas, de los árboles muertos se oirá sólo el graznido de los cuervos asilados allí.

Una nueva y densa bocanada de silencio cruzó por entre el grupo de obreros que ya salía del bosque.

RUBÉN COTO

Un ensueño del Rabí

Jesus pues seis días antes de la Pascua vino á Betania, donde estaba Lázaro el que había resucitado de entre los muertos.

É hicieronle allí una cena y Marta servía.

Entonces María tomó una libra de unguento de nardo puro de mucho precio y ungió los pies de Jesús y limpió sus pies con sus cabellos.

SAN JUAN, Cap. XII, (vers. 1-2-3).

Era en Betania. La tarde dulce y lánguida tocaba el paisaje de melancolía. Las copas oscuras de los cedros y de los cipreses tenían todavía un beso de sol.

El blanco pórtico de la casa de Lázaro sonreía entre los mirtos. Por la puerta abierta penetraba la brisa que venía de jugar entre los pomares florecidos.

Allí en la sala espaciosa de paredes azuladas y techo de cedro, estaban sentados á la mesa Jesús y sus discípulos. También estaba Lázaro el de los ojos profundos que vieron á través de la puerta misteriosa y sorprendieron el secreto de la muerte.

El Rabí estaba pensativo. Sus ojos oscuros miraban soñadores el paisaje que enmarcaba la ventana abierta. Por el camino que se perdía como una franja de colores claros entre las huer-

tas y los olivares, se retiraba un rebaño de cabras negras. El pastor iba vestido de pieles y el viento jugaba con su larga cabellera. En el fondo claro del poniente y como pintadas en un cristal cóncavo se veía volar unas cigüeñas con rumbo á Jerusalén. Bajo el pórtico de una casita que se alzaba sobre una colinilla cercana, engalanado con hiedra, una joven vestida con blanca túnica, acariciaba á un corde-rillo,

Rodeaban la casa plantíos de rosales. Entre el jardín se arrullaban las palomas; se las veía blanquear entre la hierba como azucenas caídas.

En la quietud de la tarde se escuchaba quejarse la muela del molino doméstico, al que algún criado hacía girar.

La figura dulcemente varonil del Rabí se destacaba del grupo como un lirio rojo en un campo triste. Su largo albornoz de lana gruesa descendía hasta sus pies calzados con sandalias. La frente pálida que el sol había quemado durante las largas caminatas, estaba sombreada por las dos bandas de sus cabellos oscuros, que un posterior rayo de sol hacía brillar como si

tuviesen oro. Acariciaba inconsciente, con la mano fina y larga, su barba rizada.

—Háblanos más, Rabí, cantó una voz dulce. Fué como si una flecha de oro hubiera rasgado aquel silencio henchido de meditaciones que, como un velo de seda, flotaba en la sala espaciosa.

—Háblanos más, dinos frases tan consoladoras como aquellas con las que los tristes en una ocasión: — «las aves del cielo no siegan ni allegan en alfólfes, y nuestro padre celestial las alimenta» — «Los lirios del campo no trabajan ni hilan y ni aun Salomón con toda su gloria fué vestido como uno de ellos». — Sigue, Rabí, y yo cerraré los ojos y soñaré que el viento que murmura misterioso entre las palmeras y los cedros, nos habla con su voz grave y armoniosa como la tuya. — Quisiera oírte siempre, Rabí! — Ah! si supieras! — Tus enseñanzas han florecido en mi alma...!

Fué Marfa, la hermosa pecadora, quien así dijo.

Descansaba en un asiento bajo. Tenía su soberbia cabeza levantada hacia el maestro y en sus ojos tranquilos, hermosos, había un destello de adoración.

Jesús la miró. La energía que brillaba en sus pupilas se endulzó como al contacto de una caricia.

La voz serena, de modulaciones extrañas, que hacía correr por las almas corrientes exquisitas, pobló la gran sala y fluyeron de los labios del maestro las frases como bálsamos amables. Habló del reino de su padre donde todos son iguales, donde todos son felices, donde todos se aman.

Marta la diligente, trajinaba afanosa, y no se quejaba al maestro de la indolencia de su hermana como lo hizo en un día ya ido, porque sabía que él la excusaría, como lo hiciera entonces.

Jesús dejó de hablar. Quedó meciéndose en la espaciosa sala el eco de su voz, como humo aromoso de incienso quemado en un pebetero de oro.

Los que allí estaban tuvieron la ilu-

sión de que sobre la brisa se iban flotando sus palabras como rosas de luz.

¡Oh, Rabí! murmuró Marfa — eres bello, eres dulce, eres grande! — Mi alma te reconoce por el hijo de Dios. — Para mí eres un Dios!

Se prosternó á sus plantas. De entre sus vestidos sacó un frasco de unguento de nardo, ungió los pies de Jesús y luego los enjugó con la banda de seda de sus cabellos blondos. El perfume enervante del nardo se extendió en oleadas por toda la habitación.

Jesús no se movió. — Sus ojos profundos la contemplaban ansiosos, llenos de amor.

— ¡Oh, mujer! susurró acariciador. Su mirada besó la frente admirable que yacía á sus plantas como un altar caído, de mármol.

En la sala, de paredes azuladas había ahora un silencio extraño, lleno de ansia, de curiosidad.

Todos los miraban sorprendidos; sólo Juan el impoluto, el hermoso y amado discípulo, sonreía dulcemente.

Seca, dura como un martillazo, la voz de Judas el hijo de Simón, deshizo el encanto:

— «¿Por qué no se ha vendido este unguento por trescientos denarios y se dió á los pobres?»

El Rabí miró á su alrededor, como si despertara de un sueño. Pasó su mano por la frente pensativa y se estremeció. Venía del país encantado, del país del amor. Todas las cabezas que se levantaban en torno suyo le recordaban su misión dura, penosa, á la que estaba prohibido el ensueño erótico, que robaría energías que los tristes necesitaban.

Habló con acento lleno de dolor: — «¿Por qué dáis pena á esta mujer porque ha hecho esta buena obra para conmigo?»

De cierto os digo que donde quiera que este evangelio fuere predicado, también será dicho para memoria de ella».

Sus ojos melancólicos, llenos de amor, contemplaban la gloria de oro que acariciaba sus pies de caminante.

Posó su mano en la cabeza de María.—Levántate, mujer! Tu recuerdo perdurará á través de los tiempos é irá unido al mío como el perfume del lirio á la flor.

El silencio reinó otra vez en la sala de aquella casa de Betania que se levanta sobre los tiempos bíblicos como el más encantador monumento de amor.

El paisaje que enmarcaba la gran ventana abierta se deshacía en la sombra. Ya no se distinguía ni el camino con el rebaño de cabras negras, ni la casita con su pórtico de hiedra, bajo

el cual jugueteaba con el corderillo la jovencita de alba vestidura.

Blanqueaba entre los mirtos y las palmas la sepultura doméstica y Lázaró la contemplaba con su mirada llena de misterio.

Afuera se arrullaban las palomas, y una fuente se alejaba con el glu-glu quejumbroso que cantaba su agua.

El Rabí miraba caer las sombras sobre el campo. Había en su rostro una dulzura infinita como si su alma gustase de algo exquisito, inmensamente bello y delicado.

CARMEN LIRA

CRÓNICAS SOCIALES

¡Cristo ha muerto!

—Esa gente sufre y calla, Fermín, porque las enseñanzas que heredaron de sus antecesores son más fuertes que sus cóleras. Pasan descalzos y hambrientos ante la imagen de Cristo; les dicen que murió por ellos, y el rebaño miserable no piensa en que han transcurrido siglos sin cumplirse nada de lo que aquél prometió. Todavía las hembras, con el femenil sentimentalismo que lo espera todo de lo sobrenatural, admiran sus ojos que no ven, y aguardan una palabra de su boca, muda para siempre por el más colosal de los fracasos. Hay que gritarles: «No pidáis á los muertos: secad vuestras lágrimas para buscar en los vivos el remedio de vuestros males».

Salvatierra se exaltaba, elevando su voz en el silencio del crepúsculo. El sol se había ocultado, dejando sobre la ciudad una aureola de incendio. Por la parte de la sierra destacábase en un cielo de color de violeta la primera estrella anunciadora de la noche. El revolucionario la miraba, como si fuese el astro que había de guiar hacia más amplios horizontes la muchedumbre del llanto y del dolor; la estrella de la Justicia, alumbrando pálida é indecisa

la lenta partida de los rebeldes, y agrandándose hasta convertirse en un sol, así como se aproximaban á ella, escalando alturas, aplastando privilegios, derribando dioses.

Los grandes ensueños de la Poesía acudfan á la memoria de Salvatierra y hablaba de ellos á su acompañante con la voz trémula y sorda de un profeta en plena visión.

Un estremecimiento de las entrañas de la tierra había conmovido un día al mundo antiguo. Los árboles gimieron en los bosques, agitando sus melenas de hojas, como plañideras desesperadas; un viento fúnebre rizó los lagos y la superficie azul y luminosa del mar clásico que había arrullado durante siglos en las playas griegas los diálogos de los poetas y los filósofos. Un lamento de muerte rasgó el espacio, llegando á los oídos de todos los hombres. «*El gran Pan ha muerto...*» Las sirenas se sumergieron para siempre en las glaucas profundidades, las ninfas huyeron despavoridas á las entrañas de la tierra para no volver jamás, y los templos, blancos, que cantaban como himnos de mármol la alegría de la vida bajo el torrente de

oro del sol, se entenebrecieron, sumiéndose en el silencio augusto de las ruinas. «Cristo ha nacido», gritó la misma voz. Y el mundo fué ciego para todo lo exterior, reconcentrando su vista en el alma; y aborreció la materia como pecado vil, y oprimió los sentimientos más puros de la vida, haciendo de su amputación una virtud.

El sol siguió brillando, pero pareció menos luminoso á la humanidad, como si entre ella y el astro se interpusiera un velo fúnebre. La naturaleza continuó su obra creadora, insensible á las locuras de los hombres; pero éstos no amaron otras flores que las que transparentaban la luz en las vidrieras de las ojivas, ni admiraron más árboles que las palmeras de piedra que sostenían las bóvedas de las catedrales. Venus ocultó sus desnudeces de mármol en las ruinas del incendio, esperando renacer tras un sueño de siglos, bajo el arado del rústico. El tipo de belleza fué la virgen infecunda y enferma, enflaquecida por el ayuno; la religiosa, pálida y desmayada como el lirio que sostenían sus manos de cera, con los ojos lacrimosos, agrandados por el éxtasis y el dolor de ocultos cilicios.

El negro ensueño había durado siglos. Los hombres, renegando de la naturaleza, habían buscado en la privación, en la vida torturada y deforme, en la divinización del dolor, el remedio de sus males, de la fraternidad ansiada, creyendo que la esperanza del cielo y la caridad en la tierra bastarían para la felicidad de los cristianos.

Y he aquí que el mismo lamento que anunció la muerte del gran dios de la Naturaleza, volvía á sonar como si reglamentase, con intervalos de siglos, las grandes mutaciones de la vida humana. «Cristo ha muerto!... Cristo ha muerto!»

—Sí; ha muerto hace tiempo—continuó el rebelde.—Todas las almas oyen este grito misterioso en sus momentos de desesperación. En vano suenan las campanas cada año anunciando que Cristo resucita... Resucita sólo para los que viven de su herencia. Los que

sienten hambre de justicia y esperan miles de años la redención, saben que está bien muerto y que no volverá, como no vuelven las frías y veleidosas divinidades griegas.

Los hombres, siguiéndole, no habían visto un horizonte nuevo: habían caminado por senderos conocidos. Sólo cambiaban el exterior y el nombre de las cosas. La humanidad contemplaba á la luz cenicienta de una religión que maldice la vida, lo que antes había visto en la inocencia de la infancia. El esclavo redimido por Cristo era ahora el asalariado moderno, con su derecho á morir de hambre, sin el pan y el cántaro de agua que su antecesor encontraba en el ergástula. Los mercaderes arrojados del templo tenían asegurada la entrada en la gloria eterna y eran los sostenes de toda virtud. Los privilegiados hablaban del reino de los cielos como de un placer más que añadir á los que disfrutaban en la tierra. Los pueblos cristianos se exterminaban, no por los caprichos y los odios de sus pastores, sino por algo menos concreto, por el prestigio de un trapo ondeante, cuyos colores les enloquecían. Se mataban fríamente hombres que no se habían visto nunca, que dejaban á sus espaldas un campo por cultivar y una familia abandonada; hermanos de dolor en la cadena del trabajo, sin otras diferencias que la lengua y la raza.

En las noches de invierno, la gran muchedumbre de la miseria pululaba en las calles de las ciudades, sin pan y sin techo, como si estuviese en un desierto. Los niños lloraban de frío, ocultando las manos bajo los sobacos; las mujeres de voz aguardentosa se encogían como fieras en el quicio de una puerta, para pasar la noche; los vagabundos sin pan, miraban los balcones iluminados de los palacios ó seguían el desfile de las gentes felices que, envueltas en pieles en el fondo de sus carruajes, salían de las fiestas de la riqueza. Y una voz, tal vez la misma, repetía en sus oídos, que zumbaban de debilidad: «No esperéis nada, Cristo ha muerto!»

El obrero sin trabajo, al volver á su frío tugurio, donde le aguardaban los ojos interrogantes de la hembra enflaquecida, dejábase caer en el suelo como una bestia fatigada después de su carrera de todo un día para aplacar el hambre de los suyos. «Pan, pan!» le decían los pequeñuelos esperando encontrarlo bajo la blusa raída. Y el padre oía la misma voz, como un lamento que borraba toda esperanza: «Cristo ha muerto!»

Y el jornalero del campo que, mal alimentado con bazofia, sudaba bajo el sol, sintiendo la proximidad de la asfixia, al detenerse un instante para respirar en esta atmósfera de horno, se decía que era mentira la fraternidad de los hombres predicada por Jesús, y falso aquel dios que no había hecho ningún milagro, dejando los males del mundo lo mismo que los encontró al llegar á él... Y el trabajador vestido con un uniforme, obligado á matar en nombre de cosas que no conoce á otros hombres que ningún daño le han hecho, al permanecer horas y horas en un foso, rodeado de los horrores de la guerra moderna, peleando con un enemigo invisible por la distancia, viendo caer destrozados miles de semejantes bajo la granizada de acero y el estallido de las negras esferas, también pensaba con estremecimientos de disimulado terror: «Cristo ha muerto!»

Sí; bien muerto estaba. Su vida no había servido para aliviar uno solo de los males que afligen á los humanos. En cambio, había causado á los pobres

un daño incalculable predicándoles la humildad, infiltrando en sus espíritus la sumisión, la creencia del premio en un mundo mejor. El envilecimiento de la limosna y la esperanza de justicia ultraterrena habían conservado á los infelices en su miseria por miles de años. Los que viven á la sombra de la injusticia, por mucho que adorasen al Crucificado, no le agradecerían bastante sus oficios de guardián durante diecinueve siglos.

Pero los infelices sacudían ya su atonía: el dios era un cadáver. No más resignación. Ante el Cristo muerto había que aclamar el triunfo de la Vida. El cadáver inmenso aun pesaba sobre la tierra, pero las muchedumbres engañadas se agitaban ya, dispuestas á sepultarle. Por todos lados se oían los vagidos del mundo nuevo que acababa de nacer. La Poesía que profetizó vagamente la llegada de Cristo, anunciaba ahora la aparición del gran Redentor, que no había de encerrarse en la debilidad de un hombre, sino que encarnaría en la inmensa masa de los desheredados, de los tristes, con el nombre de Rebelión.

Los hombres comenzaban de nuevo su marcha hacia la fraternidad, el ideal de Cristo: pero abominando de la mansedumbre, despreciando la limosna por envilecedora é inútil. A cada cual lo suyo, sin concesiones que denigran, ni privilegios que despiertan el odio. La verdadera fraternidad era la Justicia social.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

La parábola del leproso

Resplandecían las lejanas montañas envueltas en la polvareda de oro del sol de Nizam. Largas caravanas de camellos se perfilaban lentamente en los arenales. Grupos de mujeres, con el ánfora al hombro, regresaban, cantando, de las cisternas. Un águila negra, una de esas voraces águilas que anidan en los altos promontorios de la Judea, cerniéndose majestuosa en el azul, proyectaba sombras movibles sobre la tierra.

Jesús, en compañía de tres de sus discípulos, iba á Bethlehem, llamado por una pobre viuda, cuyo único hijo agonizaba invocando febrilmente el nombre de aquel dulce Rabí de Galilea, tan amigo de los niños, á quien viera una tarde junto al brocal del pozo de Jacob, curar con el solo bálsamo de sus palabras, á un viejo pastor de la Idumea, mordido por una serpiente venenosa. Hablaba de la humanidad. Sus ojos ardían como soles.

Sobre su túnica blanca con franjas encinientas, flotaban, desmelenados, los cabellos. El viento de la tarde hacía ondular y estremecer sobre el pecho su larga barba de Nazareno, puntiaguda y acaracolada.

—Sé generoso, —decía—pero no humilles al desvalido con tu generosidad. Cuando des limosna no mandes tocar delante de tí trompetas de plata, como hacen los hipócritas en las cinagogas y en las plazas. Socorre en secreto. Aquel que oye y ve en secreto te recompensará.

Su voz era lenta y suave. Las mujeres se paraban para oírle, mirándole con los ojos húmedos de ternura. Los niños acudían sonrientes á besar las orlas de su manto.

Desde los sembrados próximos los labradores le saludaban, agitando los brazos.

—¡Se están cumpliendo las profesías! Hossanna al hijo de David, al enviado del Señor! Hossanna! Hossanna!

Jesús continuaba:

—No seas como esos ricos licenciosos y avaros que alimentan á sus siervos con las sobras de sus festines. Sienta los desheredados á la mesa de tu corazón y parte con ellos tu pan y tu vino. Si ves á tu hermano llorar, no intentes consolarlo con prudentes palabras... Llorá con él. Esta es la verdadera caridad.

Caminaba lentamente. Bandadas de cigüeñas chispeaban al sol como flechas de oro. Los rebaños seesteaban á las sombras de los olivos polvorientos.

Un pastor tañía un rabel, á compás de una monótona canción patriarcal, en la que se hablaba de tiendas plantadas en la mitad del desierto, noches de luna, maná del cielo, leche de camellas, y vírgenes prudentes que encienden sus lámparas para esperar la llegada del esposo prometido.

Atravesaron campos sembrados, viñedos en flor, donde las tórtolas gemían, jardines cubiertos de lirios. De pronto se detuvieron á orillas de una fuente que brotaba en un hilo trémulo y quejumbroso, entre la hendidura de dos rocas.

En el recodo del camino, al pie de una choza cubierta de hojas secas de palma, un leproso, desgarradas las vestiduras, inmóvil y de rodillas, aullaba lastimeramente con las manos y los ojos elevados al cielo. Su rostro relucía al sol como un bronce antiguo carcomido por la herrumbre. La frente era una sola llaga. Los labios se caían á pedazos, lívidos, purulentos.

Mateo el Publicano, uno de los primeros discípulos, que era rico en viñas y en ganados, y tenía además, una tienda de perfumes en el atrio del templo, sacó de entre los pliegues de la túnica una moneda y, desde lejos, volteándola en el aire, se la arrojó al leproso. Pedro, el más rudo y hábil de los pescadores de Capharnaum, quitóse del brazo el cesto de provisiones que llevaba para el camino, y andando cuidadosamente, lo colocó junto al umbral de la cabaña. Juan el más joven y bello de los discípulos, el predilecto, aquel cuya cabeza de niño había sido acariciada tantas veces por manos divinas, desprendióse del manto de lino que flotaba sobre sus hombros. Todo pálido y trémulo, andando con la punta de las sandalias, y extendiendo temerosamente los brazos, le dejó caer sobre la espalda del leproso.

Sólo faltaba el óbolo de Jesús. El sol empezaba á trasponer, coronando de rosas sanguíneas las montañas vecinas. Unos mercaderes se detuvieron á dar agua á sus camellos.

El Rabí avanzó serenamente. Su perfil aguileño se destacaba majestuosamente, nimbado por un rayo de sol.

Cogió entre sus manos sagradas la cabeza monstruosa del leproso, inclinó la frente y le besó en los labios.

Los discípulos quedaron inmóviles. Los mercaderes espantados cayeron de rodillas con las manos tendidas al cielo... Y hasta los camellos alargaron hacia Jesús sus melancólicas cabezas pensativas, en cuyos belfos temblaba un hilo de agua...

FRANCISCO VILLAESPESA

Ricardo Falcó - Editor - San José, C. R.